

fuya refirió el suceso el mismo ladrón: testificando para gloria de este varón bendito, que el averle descubierto el hurto era cosa muy fuera de todo lo natural, y digno de mucha admiración.

En casa de un devoto hombre le ofrecieron a el Venerable Pedro en cierta ocasión unos tragos de chocolate: y el Siervo de Dios admitió la oferta con tal, que la persona, que lo hiziese, avia de rezar en la misma acción una Salve a la Reyna de los Angeles. Dedicóse a disponerle una hija de el mismo bien-hechor: pero se le olvidó rezar la Salve, quando batía el chocolate. Permaneciendo en este olvido, llevó la moza la jicara a el Venerable Pedro: y aviendolo probado, lo volvió a el punto, diciendo, como quien penetraba la falta, que avia: *Este chocolate no tiene gusto a Salve Regina.*

En cierta ocasión habló el Venerable Pedro a una señora, llamada Doña Juana de Ovando, a quien trataba con alguna familiaridad: y le representó, que tenía a su cuidado el remedio de una necesidad, en cuyo alivio, le suplicaba, que interviniere piadosa. Para implorar en el mismo caso el Divino auxilio, le pidió, que un día de aquella semana confesase, y comulgase, y mandase hazer lo mismo a toda su familia por el mismo fin. Ofreció la señora hazer, lo que el Siervo

de Dios le pedía: y para asegurar mas prompto el efecto, mandó prevenir a el Padre Fray Fernando de Espino, Religioso de el Serafico Instituto: suplicandole, que el día siguiente le asistiese para esta función. Confesó, y comulgó toda la familia el día señalado: pero con cierta excepción, que para todos estuvo oculta; mas para el Venerable Pedro fue muy manifiesta. A el otro día inmediato volvió el Siervo de Dios a la casa de Doña Juana: y quando la daba las gracias de su piadosa aplicación, le advirtió, que una de sus criadas, faltando a su obediencia, no avia confesado, ni comulgado. Enojóse algo con la noticia la señora: y sospechó, que fuese la defectuosa una criada, llamada Nicolasa, de quien no tenía formado buen concepto. Sossególa el Siervo de Dios en su disgusto, y desvaneció su sospecha: asegurandole, que no era, la que pensaba, la que avia faltado. Empeñada Doña Juana, en averiguar, quien era, la que avia cometido el delito, hizo llamar a toda su familia, que se componía de mas de cincuenta personas sirvientes entre esclavos, y libres: y puesta toda esta multitud en presencia de el Venerable Pedro, nombró a la delinquente por su propio nombre Bernardina; y señalandola, dixo: *Esta es, la que no se confesó.* De plano confesó la criada su defecto, según

según la acusación de el Siervo de Dios, alegando algunos pretextos, para escusarse de su delito: y el Venerable Pedro pidió a la señora, que no la castigasse, suponiendo, que para otra vez se enmendaria. Deseando esta devota muger, entonces admirada, saber, como avia el Siervo de Dios conocido la falta de aquella criada, le preguntó, si se avia hallado en la Iglesia de San Francisco en el tiempo, que avian confesado, y comulgado? A esta pregunta satisfizo el Venerable Pedro, sin decir expresamente la luz, en que se le avia manifestado: que él lo sabía, aunque no avia estado en la dicha Iglesia. Sobre la substancia de este suceso fue notado de una señora, asistente de Doña Juana, el que el Venerable Pedro huviese dado su nombre propio a la criada: siendo así, que no tenía conocimiento alguno de los sirvientes, y mucho menos de sus particulares nombres.

CAPITULO XXXVIII.

SOBERANA LUZ, CON QUE el Venerable Pedro penetraba las interioridades de las criaturas.

Siendo cierto, que el conocimiento de las cosas ocultas es don gracioso de la diestra de el Altísimo; es sin comparación mas soberana esta gracia, quando las

luzes de el conocimiento penetran los senos de el corazón humano. Como indice forzoso de la divinidad deduce San Pedro Chrysologo de las escrituras esta prenda: y por lo mismo es su participación en los hombres la mayor prerrogativa. No quiso pues la Divina extraordinaria providencia, que entre los muchos favores, que le comunicó a el venerable Pedro, se echasse menos esta preeminencia: y así puso tan patentes los interiores a su inteligencia; que sin embarazo penetraba los secretos, que se ocultan en lo mas interno de el alma. Siendo Chorista el Reverendo Padre Maestro Fray Diego de Rivas, Religioso de el Sagrado Orden de la Merced, fue testigo experimental de este don, que resplandeció en el Siervo de Dios. Por una calle vezina a su Convento se paseaba este Religioso: y a el mismo tiempo rebolvía en su imaginación cierto negocio de perfección. Encontróse en la ocasión con el Venerable Pedro: y aviendolo saludado cortesano, oyó de su boca, en respuesta de su salutación, lo mismo, que él pensaba en su interior. No percibió formalmente las palabras, que el Siervo de Dios le dixo: pero afirmó, que le avia penetrado tan claramente su corazón, como si él mismo se lo huviera manifestado.

Después de aver predicado el día de su Patriarcha el Reverendo Padre Maestro Fray Rodrigo de

Valenzuela, Religioso de el Real Orden de la Merced, se le ofreció salir à la Portería de su Convento: y en ella se encontró con el Venerable Pedro, que llevaba en su compañía à el Reverendísimo Fray Rodrigo de la Cruz. Avia asistido el Siervo de Dios à el Sermón: y lo celebraba de modo, que sin faltar à los loores, que merecia el Panegyrico, no le daba ocasion à vana-gloria alguna. Este Religioso avia conocido à Fray Rodrigo en las fortunas, que en el estado secular avia tenido: y viendole aora vestido de el Penitente Saco de Tercero, consideraba pasmado en su interior esta mutacion admirable, entre tanto que el Venerable Pedro hablaba. A esta fazon convirtió sus ojos con singular atencion à el dicho Religioso el Siervo de Dios: y dando à entender, que penetraba muy bien la ocupacion de su pensamiento, le dixo: *Ya lo tengo en mi poder: ya lo he cogido.*

En gravíssima afficcion se hallaba cierta persona; porque estando en mal estado, eran continuos, y fuertes los remordimientos de su conciencia. A este sugeto encontró en cierta casion el Venerable, Pedro: y echandole à el cuello los brazos, fue el abrazo tan eficazmente mysterioso; que sin poder reprimirse en los afectos, fueron copiosísimas las lagrymas, que derramò el afligido hombre. No fue su llanto suficiente expli-

cacion de su individua dolencia, ni la demostracion de el Siervo de Dios expresion bastante de averla conocido: pero adelantando avisos, diò à entender, que la avia penetrado. *Oyes, hermano, le dixo en este mismo punto, no te aflijas mas; sino haz vna confesion general, que es lo que mas importa.* Dispúsose en efecto con esta advertencia, para hazer confesion general de sus culpas: y aviendolo executado, quedó su interior en el sosiego, y paz, que antes le faltaba.

A vn sugeto muy familiar de el Venerable Pedro, y que estuvo mucho tiempo en su compañía, le sucedieron, siendo joven, algunos casos, en que se viò mas clara esta soberana luz de el Siervo de Dios. Hallandose este en vna ocasion mordido de vn perro, se fue coxeando à la presençia de el Venerable Pedro à lamentarse de su desdicha. En la ocasion tenia este muchacho lacerada la conciencia: y aviendolo penetrado el Siervo de Dios, le aplicò el remedio à esta dolencia, que era la mas vigente. Sintiendo, que se quejasse tanto de la mordedura de el Perro, y que no se doliesse de las heridas de su alma, le dixo: *Anda hermano, anda hermano, y reconciliate; que à quien està en gracia de Dios ningun mal le sucede.*

Aviendo este mismo ido en compañía de el Venerable Pedro à la Iglesia de los Remedios, para ha-

En las espaldas tenia cierta muger, llamada Maria, vna llaga, que dilatandose por toda ella, le avia ya llegado su malignidad à la garganta. Dilatabasele con la llaga la pena, y se le acrecentaba de dia en dia el peligro: porque aviendolo probado en ella su ciencia muchos Medicos, y aviendolo salido inútiles todos sus experimentos, se estaba la llaga irremediable. A este tiempo se le ofreció à el Siervo de Dios entrar en esta casa: y aviendole hecho relacion de la enfermedad, se aplicò con zelo santo à su curacion. Para este efecto dispuso vna Novena, en que le acompañaban algunos muchachos, que avia en la misma casa. Hazia, que estos tocassen la llaga con sus inocentes manos, y la misma diligencia executaba el Venerable Pedro: rezando todos vna Salve à la Reyna de el Cielo, y permaneciendo en el contacto todo el tiempo, que gastaban en rezarla. Esta funcion se continuò por nueve dias, con efecto tan feliz; que el vltimo quedó la muger libre de su dolencia, y perfectamente sana de sus llagadas carnes. Para el abasto de vnas Mulas necesitaban en vna casa de vna poca de yerba: y aviendolo oido à vn hombre, que la vendia, pregandola por las calles, lo llamaron, para hazer la compra. Hecho el ajuste, encaminaron à el vendedor à la Cavalleriza, para que el mismo la pusiesse, donde debia estar: pero vna Mula se lo huvo de aver à cozes con el desdichado. Notaron los dueños de la casa, que aviendolo pasado algun tiempo de su entrada, no salia el dicho hombre: y rezelando en su detencion alguna novedad, fueron à la Cavalleriza à registrar, lo que hazia. Con este pensamiento llegaron à la estancia, y hallaron à el pobre hombre tendido en tierra, todo ensangrentado, y perdida la habla: de modo, que aviendolo movido, y llamado muchas vezes, ni respondia palabra, ni daba acuerdo de si. Por estas fatales señas le juzgaron ya muerto: y con extremada turbacion, y temor grande determinaron salir de casa à buscar consuelo, y consejo en este lastimoso caso. No les costò muchos passos la diligencia: porque à el salir, se encontraron en la misma puerta de la calle con el Venerable Pedro, en cuyas palabras, y obras hallaron, y hallò el paciente todo su alivio. *Vamos à verle,* les dixo el Siervo de Dios, *que no será cosa de cuidado:* y aviendolo entrado derechamente en el sitio dicho, viò, que de las cozes de la Mula tenia vna herida grande cerca de el lagarto de vn brazo. Acercòse mas à el cuerpo, y despues de hechas algunas observaciones, diò esperanzas de su vida, diciendo: que aun le palpita el corazon. Tomò el Venerable Pedro por su cuenta la curacion de este

este hombre: pero antes de comen-
zarla ordenò, que todas las personas
asistentes se pusiesen de rodillas, y
en esta forma rezassen el Credo, y
otras oraciones devotas. Conclui-
da esta accion, le lavò la herida
con vino caliente: y aviendole de-
tenido la sangre, que en gran
abundancia vertia por la rotura,
le ligò en forma de Cruz con vnas
vendas. Despues le advirtió à el
herido, que era vn Indio, que no
se quitasse las ligaduras aquel dia,
ni el siguiente: pero le assegurò,
que el dia tercero podia quitarse-
las, y ir à partir leña con vna ha-
cha, como lo acostumbraba. Af-
si lo observò el Indio, executando
el consejo de el Venerable Pedro:
y experimentò en el efecto la feliz
sanidad, que el Siervo de Dios le
avia asegurado. A el tercer dia de
su curacion se quitò las vendas: y
hallò en su brazo vna sola señal
de la herida, tan delgada como vn
hilo. Alegre con su buen sucesso
se fue à la casa, donde le avia su-
cedido el fracaso; y manifestando
à los dueños el brazo, admiraron
todos su maravillosa sanidad.

En la administracion de la
Evangelica doctrina se hallaba en
la tierra de Chimaltenango el
muy Reverendo Padre Maestro
Fray Francisco de Paz, Religioso
de el Sagrado Orden de Predica-
dores, por los años de 1665. con
mucho peligro de la vida; porque
en este tiempo tuvo principio la
peste, que fue general en aquel

Reyno. Era tan fuerte el conta-
gio, que todos aquellos, à quie-
nes tocaba su malicia, irremedia-
blemente fallecian: y fue tanta la
mortandad; que casi quedaron
desiertos todos aquellos Villages,
y poblaciones. Sin reparar en es-
te riesgo, se empleò el Religioso
zelo de este varon en la asistencia
de los apestados: pero con la de-
masiada fatiga de su trabajo, y
con la immediacion continua,
que tenia con los enfermos, por el
motivo de confesarlos, y consò-
larlos espiritualmente, huvò de
sentirse infestado de el pestifero
incendio. No desistió por esto de
su santa aplicacion; antes pos-
seido de el mal, perseverò en su
empleo por quatro dias. Viendo,
empero, que se iba empeorando,
se partió, para curarse, à Goate-
mala: substituyendo en su lugar
otro Ministro. Antes que llegasse
à su Convento, hablò para el caso
con vn Medico de grandes credi-
tos en su facultad, llamado Juan
de Miranda: y le encargò, que,
quando fuesse à visitarlo, se lle-
vasse consigo de prevencion vn
Barbero. Hizo con efecto el Me-
dico su visita: y aviendole pulsa-
do, è informandose de el tiempo,
que padecia la enfermedad, diò
por desesperada su salud, dizen-
do, que ya la sangre estaba cor-
rompida. Para evidenciar mas su
juizio, mandò, que el Barbero le
abriessse vna vena: y aviendose
hecho esta Anotomia, se viò veri-
ficado

hazer la Christiana diligencia de
confessar, y comulgar en ella, hi-
zo esta funcion con quanta mali-
cia pudo su desordenada perversi-
dad. Confessò sacrilegamente: y
para ocultar este horrendo delito,
repitiò el sacrilegio, comulgando
en mala conciencia, y precipitan-
dose sin tino de vn abyfmo en
otro abyfmo. Con esta iniqua ex-
terioridad imaginò el infeliz mu-
chacho, que quedaba bien oculta
su maldad: pero en el trato de el
Siervo de Dios conociò, que le
eran muy manifestas todas las ini-
quidades, con que afeaba su alma.
Saliendo con el de la Iglesia
el Venerable Pedro, le mirò con
tan grave, y severo semblante, que
à impulsos de su grande enfado pa-
recia despedir fuego por los ojos.
Solia el Siervo de Dios tratar à es-
te mozuco con cariño: pero des-
de este punto mudo tan de veras
el estilo en su tratamiento, que,
permaneciendo en su enojo, no le
hablò en tres dias vna palabra.
Por estas extraordinarias demost-
raciones de el Venerable Pedro
conociò el desdichado joven, que
le avia comprehendido el mal es-
tado de su alma: y por esto mis-
mo no se atrevia el à hablarle à el
Siervo de Dios. Este desvio durò,
hasta tanto que el muchacho arre-
pentido, concibió vn desseo arden-
tissimo de confesarle entera, y
verdaderamente, poniendo en se-
guridad su alma con la enmienda
de los passados errores. Tambien

conociò el Venerable Pedro esta
mutacion santa: y à el instante
diò à entender, que la avia alcan-
zado, mudando de modo en su
porte. Desde que se fomentò en el
corazon de este delincente el do-
lor de sus culpas, le empezò à tra-
tar el Siervo de Dios, en lo exterior
con la antigua familiaridad: pero,
para que supiesse, que era cierto el
motivo, que avia concebido, de
sus enojos, le dixo: *No es bueno,
que el hermano queria engañarme?*
Pocos dias despues de este lance le
dixo à este traviesso mozo: que
avia de dexar el Abito de Bethle-
hen, y con efecto sucedió: porque
no pudiendo perseverar en el rigor
de el Instituto, dexò el Abito, bol-
viendo la espalda à su primera vo-
cacion.

CAPITULO XXXIX.

*LIBRA EL VENERABLE
Pedro à algunos sujetos de varias do-
lencias, y de peligro de muerte, que
por ellas, y otras circunstan-
cias les amenazaba.*

Celebre es la memoria de la
Picina, que para beneficio
de los hombres en sus enfermeda-
des, dispuso la Divina providen-
cia: y no ay duda, que fue en ella
lo mas admirable la generalidad
de el remedio. No eran muchos
los que sanaban: pero eran sus
aguas tan vniversal medicina; que
à todas enfermedades hazia su efi-
cacia,